

VI

AMOR FILIAL

El calor sofocante de la noche impidió á Regina dormir más allá del alba: en su intranquilo sueño apareció muchas veces la imagen de su vecina, y su mente acalorada la revestía del más gracioso rostro, si bien alterado por una tristeza profunda.

Otras veces la aparición se desvanecía, y ocupaba su sitio un gallardo joven que la miraba con expresión amarga y desolada, como diciéndole:

—¿Qué has hecho tú para ser tan rica, en tanto que yo vegeto en la miseria? ¿No te pesan tantas joyas, tanta opulencia y tanta soledad en el corazón? ¿Eres otra cosa que un pequeño juguete, una linda muñeca en las fuertes manos de tu padre? ¿Has tenido hasta hoy voluntad ó pensamiento? ¡Ah! ¡La riqueza, si está sola, es la muerte del alma!

Regina, fatigada con sus visiones, abrió por fin los ojos, y no bien el cielo se tiñó con esa primera luz tan suave y pura que anuncia la venida de la

aurora, saltó del lecho, y echándose un peinador de batista sobre los hombros, abrió la ventana para respirar el ambiente de la mañana.

La joven del día anterior volvió á presentarse ante sus ojos, no bajo un aspecto varonil, sino dulce y llena de belleza.

El cuarto de Regina, situado en el piso bajo del palacio, daba tan enfrente de las ventanas de la casita, que podía verse desde él cuanto ocurriese en aquélla, y la hija del Marqués aprovechó esta circunstancia para examinarla bien á su sabor.

Ya estaba la joven ocupada en su bordado: al ruido que hizo Regina cuando abrió su ventana, separó los ojos de la labor, y la saludó graciosamente con la cabeza, sin manifestar embarazo alguno.

Tendría aquella joven dos años más que Regina, aunque podría asegurarse que no había cumplido diez y ocho: su tez blanca era pálida y mate, como la de aquellas personas que nunca ven el sol: sus rasgados ojos azules eran dulces, expresivos y melancólicos: sus cabellos, castaños con reflejos dorados y brillantes, estaban recogidos con graciosa sencillez detrás de su cabeza; tenía la boca linda, pequeña é inocente; su cuello, dotado de una gracia indescriptible, era un poco largo, sin duda á causa de estar muy delgada: llevaba un vestido de lana negro, basto y usado, pero cortado del modo más á propósito para hacer resaltar la distinción de su flexible talle.

A pesar de lo poco avanzado del día, trabajaba con afán y rapidez, y sus cabellos cuidadosamente peinados, y su tocado elegante y sencillo, decían claramente que hacía largo rato que estaba levantada.

Bordaba un pañuelo de batista finísima, y lo prolijo y hermoso del dibujo, así como la perfección del bordado, eran harto visibles para que se escapasen á la penetrante mirada de Regina.

Delante de la joven veíase, sentada en un sillón de vaqueta oscuro, una mujer como de unos cincuenta años de edad, pero que, al parecer, estaba casi enteramente paralítica; su fisonomía, no obstante sus padecimientos, era tan semejante á la de la joven, que fácilmente se adivinaba que era su madre.

Llevaba, como aquélla, un traje de luto muy usado, y sobre él un pañolón de lana negro.

Los muebles eran escasos y pobres: algunas sillas de tapicería antiguas y muy viejas; una mesita de nogal, también de forma anticuada, y dos ó tres cuadros de bastante valor, componían todo el mueblaje: el pavimento, lavado con esmero, no tenía alfombra, ni siquiera una de esas humildes esteras de paja que cubren en la estación del calor casi todas las habitaciones de verano.

Regina, inmóvil, contemplaba aquel cuadro triste é interesante á la vez; su corazón, bueno por naturaleza, la inducía de nuevo á comparar la pobreza de aquella casa con la magnificencia

de la suya, y la diferencia que existía entre el traje de aquella joven y los que ella usaba.

Y sin eubargo, aquella joven era hermosa, quizá más hermosa que ella, pues el atractivo que encontraba en su semblante nunca se lo había encontrado á sí misma.

En aquel momento, la mujer del sillón habló algo que no pudo entender Regina: la joven se levantó, desapareció, y un instante después volvió con una taza de chocolate en una bandejilla que contenía también un vaso de agua.

Dejóla sobre su silla; fué á buscar una almohada, que colocó detrás de la cabeza de la pobre tullida, y luego, arrodillándose á sus piés en el suelo, empezó á darle lentamente y con sumo cuidado el chocolate, que no podía tomar por sí propia por tener muertas las manos.

Cuando acabó su ocupación, la joven dió un beso á su madre y se llevó la bandejilla, volviendo á poco con una caja de cartón y una aljofaina, que colocó en una silla cercana: hecho esto, trajo una toalla, la humedeció con el agua, lavó con extrema solícitud y admirable delicadeza el rostro paciente y dulce de su madre, y lo secó suavemente; en seguida sacó de la caja un peine, y desatando los escasos cabellos de la pobre tullida, los peinó con esmero, volviéndolos á enlazar y cubriéndolos después con una confía blanca adornada con cintas de luto.

Después volvió á abrazar tiernamente á su

madre, la cual, por no poder mover sus muertos brazos, sólo pudo depositar un amoroso beso en la blanca y pura frente de su hija; pero la expresión de los ojos de la enferma dijo á Regina que aquel beso encerraba una ferviente y cariñosa bendición, formulada por la gratitud y el amor maternal.

La joven desapareció, llevándose los objetos que habían servido para el tocador de su madre, y Regina quedó de nuevo meditabunda.

—¡Cómo, se decía á sí misma, cómo es posible vivir de ese modo! ¡Esa muchacha está agobiada de quehaceres, en tanto que yo no tengo ni aun el trabajo de desear nada! ¡Ella sirve á su madre, mientras la mía previene todos mis caprichos! ¿Qué haría yo, prosiguió pensando, si mi madre quedase reducida al estado en que se ve esa pobre mujer? ¡Bah! concluyó, yo tengo muchos criados que la servirían en un caso semejante.

La voz de su padre la distrajo en aquel instante de sus reflexiones.

—¡Regina! gritó desde lejos aún. ¡Regina, hija mía! Aquí te traigo á tu primo, el Coronel Vizconde del Olmo, que acaba de llegar de Sevilla y desea verte.

El ruido que hizo la puerta al abrirse terminó estas palabras. Regina se volvió vivamente y vió á su padre de pié en el umbral, y detrás de él á un joven de gallarda y elegante estatura y vestido aún con el sencillo traje de camino.

La joven le saludó con la cabeza de un modo bastante indiferente; su carácter frio y orgulloso aun cuando conocía á las personas desde mucho tiempo, se convertía en áspero y duro para las que le eran desconocidas.

Apoyóse en el brazo de su padre para seguir á éste y al recién llegado á otra habitación; mas antes de dejar la suya, dirigió una última mirada á la ventana de la casita.

La joven vecina había vuelto á sentarse y trabajaba en su bordado con la mayor actividad.

UNIVERSIDAD DE
BIBLIOTECA U. N.
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO